

un demonio. La bula de 1308 consigna la apostasía y la incredulidad: el papa afirma que, á su presencia y en muchas ocasiones, los caballeros arrestados confesaron haber negado al Redentor, y se felicitaba de haber descubierto esta defección escandalosa que amenazaba la existencia del cristianismo (1).

¿Qué hay de verdad en estas acusaciones? Imposible es, despues de tantos siglos, revisar el proceso; mas una cosa hay demasiado cierta, la crueldad de los jueces; y cuando los jueces son culpables, las presunciones se inclinan en favor de los condenados. No creemos en la culpabilidad de la orden como tal; sería contrario á todas las probabilidades históricas que una orden religiosa se hubiese convertido en una orden incrédula; y la constante negación que la mayor parte de los acusados opusieron atestigua su inocencia y la inocencia de la orden. Pero sería, de otra parte, inconcebible que nada de verdad hubiese existido en acusaciones que resonaron en toda la cristiandad; y hubo, en efecto, confesiones hechas, no en los tormentos, sino libremente, en Inglaterra, que confirman la información practicada en Francia. Hay otro hecho igualmente cierto y concluyente, á lo ménos en lo

(1) MANST. t. xxv, p. 424.—D'ACHERY, *Specilegium*, t. II, página 199.

que toca á los individuos, á saber: los reproches dirigidos á los Hospitalarios y á los Templarios largo tiempo ántes de los inicuos procedimientos de Felipe el Hermoso. Inocencio III escribía al gran maestre del Temple: "¡Oh dolor! los Templarios no se sirven de la religión sino como de un pretexto para satisfacer su ambición y para entregarse á los placeres del mundo," (1). Gregorio IX acusa á los Hospitalarios de tener públicamente concubinas; y aún muchos, dice, están manchados de herejía, y no temen apoyar á los enemigos de Dios y de la Iglesia (2). La influencia inevitable del contacto con el Oriente explica las aberraciones de los caballeros cristianos. Despues vino la desesperación que la caída de Jerusalén produjo en el alma de sus defensores; los soldados de Jesucristo, viéndose abandonados por Aquel cuyo sepulcro defendían contra los infieles, renegaron del Cristo. La religión del Temple era el fanatismo llevado hasta el furor; y como los extremos se tocan, al desvanecerse bajo el imperio de una triste realidad, el fanatismo da plaza á la incredulidad. Tal es el destino de muchas almas que se pierden en el catolicismo: la superstición engendra en ellas fatalmente la duda y la negación.

(1) INNOCENTII III, *Epist.* x, 121.

(2) GREGOR. IX *ad Magistrum Hospitalis* (RAYNALDI, *Annal.*, a. 1238, núm. 32).

LIBRO TERCERO

EL RENACIMIENTO

CAPITULO PRIMERO.

CONSIDERACIONES GENERALES.

Cada siglo desprecia lo presente y exalta lo pasado; y creeriase con Horacio, al oír las lamentaciones de los contemporáneos, que el género humano va empeorándose incesantemente, y que su desdichada condicion se hace más miserable cada día. No es este el lugar de insistir en la ilusion que hay en el fondo de esas lamentaciones: natural es que los hombres se afecten más de los males reales que sufren que de las desgracias que sólo conocen de referencia. Mas hay épocas benditas entre todas en que reemplazan á los gemidos esperanzas infinitas; y en esos felices tiempos se lanzan los espíritus llenos de júbilo hácia lo porvenir. Tal fué el Renacimiento. Los filósofos y los literatos del siglo XV creían que iba á volver la edad de oro. Oigamos á Ficino, el entusiasta admirador de Platon: "Las letras renacen, las artes y la filosofía, la elocuencia y el saber se dan la mano. Y hé aqui que Alemania inventa el medio de multiplicar y de perpetuar los tesoros de la literatura. ¿No es esta la edad de oro que vuelve," (1). La vida, que tiene

siempre su carga y que es á veces tan pesada, era entónces dulce y ligera: *es un placer vivir*, exclama *Hutten*, uno de los más nobles órganos de esa edad que ha producido tantos hombres ilustres (1).

El Renacimiento merece el nombre que la posteridad ha dado á la vida que rebosa en el siglo XV; y no es, como comunmente se cree, la antigüedad que revive, es una vida nueva que se manifiesta en todas las esferas del pensamiento. Este es el sentimiento que anima á los hombres del Renacimiento y que les hace tan agradable la existencia. La idea de un renacimiento implica juntamente aspiraciones hácia lo porvenir y abandono de lo pasado. La Edad Media estaba léjos de ofrecer para los humanistas el atractivo que tiene hoy para las gentes que se duelen de haber perdido la religion y las instituciones de nuestros antepasados: se comparaban entónces á un largo sueño los siglos en que el pensamiento habia estado encadenado por los lazos del dogma (2); y como el sueño es la imágen de la muerte, el despertar al pensamiento parecia un verdadero despertar á la vida (3).

(1) FICINI *Epist.*, lib. XI (*Op.*, t. I, p. 969). Comp. lib. XII, página 889.—POMPONIUS LAETUS (*POLITIANI Epist.*, t. I, p. 25) y NICOLAS GERBELLIUS se felicitan de haber nacido en el siglo magnífico en que hay tantos hombres distinguidos (*TRITHEMII Op.*, página 513).—ERASMO decia con frecuencia, en las cartas escritas ántes de las perturbaciones de la Reforma, que veía delante de sí una edad de oro (*Epist.*, CDXVII, *Op.*, t. III, P. I, página 438).

(1) HUTTEN, *Epist. ad Pirckheimer* (*Op.*, t. III, p. 99, edicion Münch).

(2) ERASMI *Epist.*, CDXVII (*Op.*, t. III, P. I, p. 437): "Mundus respiscit velut ex altissimo somno exergiscens."

(3) HERMOLAUS BARBARUS dice de los escolásticos: "Qui ne viventes quidem vivebant" (*POLITIANI, Epist.*, IX, 3).

Cuando la humanidad entra en una nueva era, se produce siempre una reacción contra lo pasado: así sucedió en la transición de la antigüedad al cristianismo, y lo propio se reprodujo al pasar de la Edad Media á los tiempos modernos. En la Edad Media era el catolicismo la palabra de vida de los hombres; y el catolicismo es la condenación de la naturaleza, de la sociedad, de la vida, del mundo: su ideal es morir para el mundo y para la vida real. Bajo la inspiración de la antigüedad, el Renacimiento rompió la mortaja: el genio antiguo, tal como se encarnó en el helenismo, divinizaba la naturaleza, la vida y la humanidad. El Renacimiento fué también la reversión á la naturaleza; y de ahí una profunda hostilidad contra el catolicismo. Juliano el Apóstata decía que jamás se haría cristiano un verdadero Heleno; y creía imposible que una religión de muerte prevaleciera sobre una religión de vida. Venció el Galileo; pero el helenismo no pereció sino para renacer: Juliano tenía razón en creerlo imperecedero, porque se identifica con la libertad de la inteligencia. En el siglo XIV, á los primeros albores del Renacimiento, exclamaba *Petrarca*: "Juliano renace" (1): grito de alarma que predecía la hostilidad contra el cristianismo de la edad que iba á inaugurarse.

La oposición del Renacimiento contra la Edad Media tomó diversas formas. Desde luego preparó la revolución religiosa del siglo XVI. Los monjes o presintieron con la penetración del odio, y de ahí sus furiosos ataques á los hombres de letras; y la Reforma dió razón á las aprensiones de los monjes, porque muchos de sus jefes eran letrados. Los hubo, sin embargo, y de los más ilustres, que se negaron á seguir la bandera de Lutero; y aún renegaron de ella los mismos que habían preparado la revolución con sus escritos. ¿Era esto porque el protestantismo profesara ideas más avanzadas, más radicales? En un cierto sentido se puede decir que la Reforma iba más allá que los humanistas, porque éstos no pensaban en un movimiento religioso; pero, bajo otro respecto, se puede decir también que los humanistas iban más allá que la Reforma, siendo, sin sospecharlo, de la opinión de *Montaigne*, de que no valía la pena de separarse por tan

(1) *Petrarch., Epist. sine titulo*, v. p. 717: "Sensio, rediit ab inferis Julianus, eo que funestior quod novum nomen assumpsit, animum servat antiquam, et hostile propositum amicitiae volo tegit... et nisi se Christus iterum vindicet, actum est."

poca cosa del catolicismo. Si no desertaron abiertamente de la Iglesia, no fué por adhesión á la ortodoxia, sino más bien por indiferencia religiosa; quedaron católicos en la forma, pero su manera de pensar y de sentir no era ya cristiana. Fueron los precursores de la filosofía moderna, y hé ahí por qué no se afiliaron al protestantismo.

Una oposición más acentuada todavía del Renacimiento contra la Edad Media fué la que aparecía como una reversión hácia la religión de lo pasado. Al propio tiempo que la literatura de la antigüedad salía de su tumba, parecía que revivía también el paganismo que estaba á ella estrechamente ligado. El espíritu humano marcha siempre por saltos y por excesos. En el siglo XV se embriagó con la Grecia, con su filosofía, con su poesía, con su religión; pero sería un error tomar en serio el renacimiento del paganismo. Hubo en la misma época dos movimientos hácia lo pasado: los protestantes pretendían volver al cristianismo primitivo, y parecía que los humanistas volvían á la religión de Homero. En realidad, ni los literatos ni los reformadores querían volver á lo pasado; los unos y los otros condujeron á la libertad de pensar, aún en materia de religión. Ensanchóse la idea de la religión; ésta no era ya la estrecha ortodoxia de una Iglesia que se llama universal y que condena á todos los que están fuera de su seno, sino un movimiento cosmopolita que abrazaba todas las manifestaciones del sentimiento religioso; y el paganismo parecía á los hombres del Renacimiento una forma religiosa tan legítima como el catolicismo. Creyéndose cristianos, aceptaron los filósofos las religiones no cristianas; no se elevaron todavía á la idea de una revelación progresiva por el órgano de la humanidad; pero tendía á ella su cosmopolitismo, porque, en realidad, era el abandono de la revelación milagrosa. De ahí el espíritu de tolerancia que dichosamente se respira al salir de la Edad Media, después de las cruzadas contra los herejes y en vísperas de las guerras religiosas y de las hogueras de la Inquisición.

Hé ahí el verdadero Renacimiento. Por cualquier lado que se le mire, se perciben en él tendencias hostiles al catolicismo. No es, pues, de extrañar que los neo-católicos del siglo XIX hayan vuelto á emprender contra los humanistas la guerra que les hicieron los monjes y los teologastros del siglo XV: "El Renacimiento, dicen, no es una

nueva vida, es una vida facticia, es el espíritu estrecho de una filología de baja estofa que quiere reconstituir la antigüedad en medio de la civilización cristiana; desdeña las lenguas y las literaturas nacionales, para copiar servilmente las formas de una lengua muerta; y si se hubiera escuchado á los humanistas, los Italianos, los Franceses y los Alemanes se habrían hecho Romanos, los cristianos habrían vuelto á los altares de Júpiter." Tal es el acta de acusación que *F. Schlegel* formula contra el Renacimiento (1). Los que no ven en éste más que la vuelta á los dioses de Homero se fijan sólo en las exterioridades y en algunos excesos más ó menos ridículos, como se producen en toda época de reacción y de vivo entusiasmo. El paganismo no es más que un elemento de la civilización helénica; lo que caracteriza al helenismo es la amplitud, la indiferencia del pensamiento; y al renacer en el siglo XV el genio de Grecia, sirvió para

demoler el catolicismo, que rechaza la libertad del espíritu. Pero el movimiento no fué puramente negativo; no se limitó, como pretende un gran escritor, á destruir la Edad Media bajo la imitación artificial de la antigüedad (1). El Renacimiento, como toda revolución, tiene dos fases: tenía que cumplir una obra de destrucción, la lucha contra la barbarie escolástica (2), y miraba también hácia lo porvenir, porque abría una nueva era á la civilización. Para juzgar á los humanistas no hay que detenerse en el siglo XV; los siglos XVII y XVIII son los que nos hacen conocer los frutos del Renacimiento. Nuestra vida intelectual procede de Grecia y de Roma: el estudio de las lenguas que se llaman muertas, pero que no morirán jamás, nos inicia en la cultura de la inteligencia y en la libertad del espíritu. Al Renacimiento debemos ese inmenso beneficio.

(1) *COUSIN, Abélard.*

(1) *SCHLEGEL, Philosophie der Geschichte*, lec. XIV;—*Geschichte der Literatur*, t. II, p. 13-15.

(2) *HUTTEN, Epist. ad Jul. Pflugh (Op., t. II, p. 530)*: "Magna est studiosis omnibus cum barbarie lucta, spe ingenti, fore ut pervincamus, ac literæ vigeant."